

¿Que le pasó a la liturgia?: Adaptaciones litúrgicas impulsadas por COVID

Paul Turner

Conferencia Litúrgica del Suroeste

2 de febrero de 2021

Introducción

Me han pedido que revise, especialmente para los sacerdotes, las adaptaciones litúrgicas provocadas por la pandemia del covid-19 durante mayor parte del año 2020. Preparé esta charla a principios de 2021 cuando las personas comenzaron a recibir vacunas y llegó la esperanza de que lo peor de este tiempo tan difícil pudiera terminar pronto. Su programa enumera el resumen de esta presentación de la siguiente manera: "Se hicieron muchas adaptaciones para acomodar la pandemia de COVID. Estas adaptaciones han sido fuente de intensas conversaciones. ¿A dónde vamos desde aquí? ¿Cómo esto afectaría el regreso a la iglesia cuando la situación de COVID se haya resuelto? "

Esta charla consta de cuatro partes: Primero, exploraré tres principios que creo explican las adaptaciones litúrgicas del año pasado. En segundo lugar, categorizaré estas adaptaciones. (Esa será la parte más larga de mi presentación). Tercero, revisaré los usos de los medios electrónicos durante la pandemia. Por último, propongo algunas acciones para mantener o recuperar.

I. Tres principios que impulsaron los cambios

Previo a marzo de 2020, solía decir esto: "Lo más importante que puede hacer un católico es participar en la misa todos los domingos". Ahora veo que estaba equivocado. Lo más importante que pueden hacer los católicos es amarse los unos a los otros. Puede que esto no les parezca una gran revelación. Al fin y al cabo, aun una lectura superficial de los evangelios le dirá lo mismo. Sin embargo, este principio explica todos los cambios que hicimos. Los hicimos no por teología litúrgica, no por miedo, sino por amor. Decidimos poner de nuestra parte para limitar la propagación de la pandemia por el bien de nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Eso significó, en su forma más radical, que lo más importante para los católicos era quedarse en casa y no ir a la iglesia durante un tiempo. Así fue como nos amamos el uno al otro.

Un segundo principio es la importancia del domingo. A pesar de todo lo que cambió con la pandemia, el domingo siguió siendo el Día del Señor. Esto es

más sorprendente de lo que se podría pensar. Con límites en la cantidad de personas que podían ingresar a nuestras iglesias al mismo tiempo, una solución podría haber sido renunciar a los domingos. Podríamos haber instado a la gente a venir a misa en diferentes días de la semana, dependiendo, digamos, de acuerdo a su apellido en orden alfabético. Nadie propuso eso seriamente; y si lo hubieran hecho, habría fallado. Nos aferramos a nuestros calendarios. El domingo es el día de la resurrección. El domingo es el día del Señor. Nos quedamos con eso.

Un tercer principio que mantuvimos fue la importancia del sacerdocio. Debido a la incapacidad de reunir a muchas personas en la iglesia al mismo tiempo, y debido a la importancia del domingo para los católicos, otra solución podría haber sido: “Honre los domingos por su cuenta en casa”. Rece la Liturgia de las Horas. Utilice las bendiciones y oraciones católicas del hogar. Amplíe la oración de la comida. Proclame las escrituras asignadas a la Misa en voz alta y en tiempo real en casa en presencia de las otras personas que viven en su hogar. Comparta algunas percepciones. Probablemente algo de así sucedió. Pero no escuchamos un clamor por más y mejores instrucciones sobre cómo orar el domingo en casa. En cambio, escuchamos y respondimos a una demanda de más y mejor transmisión en vivo de lo que el sacerdote estaba haciendo el domingo en la iglesia. Esa conexión mantuvo a las personas atadas a sus parroquias, o a diferentes comunidades de oración con las que establecieron nuevas relaciones. Muchos católicos preferían ver a un sacerdote decir misa que rezar solos en casa.

Estos tres principios- caridad, domingo y sacerdocio- nos dicen algo sobre nosotros mismos como Católicos. Realmente nos cuidamos unos a otros, y estamos dispuestos incluso a sacrificar la Eucaristía para cumplir los grandes mandamientos de amar a Dios y amar al prójimo. Respetamos el domingo como el Día del Señor y no aceptaremos ningún sustituto, excepto, por supuesto, el sábado por la tarde. Y a pesar de todos nuestros fracasos como sacerdotes, los católicos todavía quieren que sirvamos e nos siguen en línea cuando presidimos la Misa y predicamos.

II. Categorías de adaptaciones litúrgicas

La celebración de la liturgia sufrió un gran número de adaptaciones. Los clasificaré en cuatro grupos de medidas de seguridad: establecer la distancia entre las personas, minimizar el contacto con los objetos, acortar la duración de los servicios y mantener la distancia necesaria para la seguridad.

1. Establecer distancia entre personas

Desde el momento en que las personas llegan a la iglesia, es posible que tengan que esperar en la puerta para poder entrar, ya practicando el distanciamiento social que han empleado en todos los lugares públicos. Los

bancos se han acordonado para evitar que las personas se sienten demasiado cerca unas de otras. Las personas usan mascarillas para una protección adicional, especialmente en los momentos en que es probable que se crucen con otros feligreses en los pasillos.

Los límites de ocupación han afectado las misas de domingo más que las misas entre semana. Sin embargo, las comunidades acostumbradas a celebrar la misa diaria en capillas más pequeñas pueden haber migrado a la iglesia principal para proporcionar un mayor espacio entre los fieles. Estos límites han tenido un impacto emocional aún mayor en bodas y funerales. Muchas parejas han retrasado sus bodas con la esperanza de reunir a sus familiares y amigos cuando sea más seguro hacerlo. Otros han procedido con sus planes acortando la lista de invitados. De manera similar, los servicios funerarios se han retrasado o celebrado con muy poca gente presente. Estos cambios antes impensables se han convertido en parte de la perspectiva de todos cuando planean celebrar estos momentos decisivos de la vida.

Mantener la distancia ha afectado al signo de la paz. Muchas parroquias lo suspendieron por completo, mientras que otras lo permiten con restricciones. Los que llegaban en el mismo carro podían abrazarse y besarse antes de llegar a la comunión. Los que se encuentren a cierta distancia pueden intercambiar algún otro signo, como una reverencia o una ademán. En la misa diaria, durante muchos años antes de la pandemia, consideré ridículo que las personas se sentaran lo más lejos posible unas de otras, lo que no les dejaba otra opción antes de la comunión, excepto un saludo o mostrar un signo de dos dedos en forma de V paz. Ahora esas elecciones parecen proféticas y prudentes. Practicaron el distanciamiento social mucho antes de que se volviera común. No obstante, el beso de la paz comenzó para expresar intimidad, no un mero reconocimiento.

Las procesiones de comunión se han desviado para evitar la posibilidad de proximidad. Muchas iglesias hacen que los comulgantes suban por los pasillos laterales y regresen por el pasillo principal. Esto provoca cierta pérdida de conexión entre el altar del sacrificio y el lugar de comunión.

Una distancia física de seis pies mantiene a una persona alejada de la respiración de otra. Pero esa no es suficiente distancia cuando cantamos. Uno de los mayores sacrificios que hemos hecho en la liturgia es nuestra música. Cantar realiza nuestra oración a Dios, pero ponía en riesgo a nuestro prójimo. Por amor al prójimo, vaciamos de música nuestras iglesias.

Por una preocupación similar, muchas comunidades dejaron de usar incienso para dar solemnidad a sus celebraciones. Las nubes de incienso hacen toser a algunas personas. Toser, como cantar, proyecta el aire a mayor distancia de la boca. Por amor al prójimo, vaciamos de aromas nuestras iglesias.

Establecer distancia entre las personas era lo responsable, aunque nos llevó a sacrificar muchos símbolos litúrgicos: la reunión de una gran asamblea, la proximidad de la comunión al altar, un signo significativo de paz, la música que expresa nuestra fe, y el incienso que honra nuestras ofrendas. Logramos un sentido de comunidad a través de diferentes signos: usar una mascarilla como lo hacen otras personas ha promovido el bien común sobre la comodidad personal. Irónicamente, la distancia nos ha mantenido unidos.

2. Minimizar el contacto con objetos

En los primeros días de la pandemia, teníamos poco conocimiento sobre su transmisión. Entonces asumimos que los objetos eran tan peligrosos como las gotas del aliento de otra persona.

Al llegar a la iglesia, una persona puede ser recibida por otra persona que da la bienvenida ubicada allí no tanto para ser agradable y educado, sino para evitar que todos los visitantes toquen los mismos pomos de la puerta. La cortesía no se ha extendido a las puertas de los baños, por lo que estos han tenido que desinfectarse con regularidad.

Al entrar en una iglesia, a los católicos les gusta sumergir sus manos en agua bendita para purificarse y recordar su bautismo. Este simple acto de piedad prepara nuestro corazón para la adoración. Sin embargo, las fuentes de agua bendita compartidas podrían propagar el virus. La mayoría de las iglesias vaciaron sus fuentes. Algunos instalaron dispensadores sin contacto que dispensa agua bendita en sus manos de la misma manera que otros dispensadores públicos dispensan jabón.

Se quitaron los himnarios de los bancos. Esto se hizo no precisamente para desalentar el canto, sino para minimizar el número de manos que tocan los mismos objetos. Los gérmenes que quedan pueden propagarse cuando la siguiente persona toma el libro. Esto siempre ha sido un problema, pero nuestros anticuerpos ayudaron como lo hicieron cuando abrimos la puerta de la iglesia por nuestra cuenta y sumergimos nuestras manos en el agua bendita de la comunidad.

Durante el transcurso de la Misa, el sacerdote y el diácono besan el altar al comienzo y al final de la celebración. Cualquiera de ellos que lea el evangelio besa el libro en el diálogo final. Probablemente no soy el único sacerdote que está fingiendo en este momento. Acercó mi cara al altar o al libro, pero no hago contacto. Tal vez sería más sincero inclinarme ante estos objetos, que es esencialmente lo que estoy haciendo, esperando que la gente no se dé cuenta.

Cuando el obispo preside, el diácono que lee el evangelio habitualmente le lleva el libro. El obispo luego lo besa y, en algunos casos, levanta el libro y bendice a la gente con él. El Ceremonial de los Obispos ciento cuarenta y uno

hace que esto sea opcional. Incluso cuando un obispo preside fuera de una pandemia, es perfectamente aceptable que el diácono bese el libro. En consecuencia, algunos obispos instruyen a sus diáconos a realizar esta reverencia como lo hacen en cualquier otra Misa.

Las cestas de recolección ya no se pasan de mano en mano a través de los bancos. En cambio, algunos han colocado cestas cerca de las estaciones de comunión, invitando a las personas a depositar su obsequio cuando llegan por primera vez, o a colocarlo en la cesta durante la preparación de los obsequios. Si personas encargadas recogen la colección con cestas sobre postes, probablemente usen guantes o se desinfecten las manos antes y después, como precaución adicional. Quienes cuentan el dinero deben desinfectar con frecuencia, lo que habría sido una buena idea incluso antes de la pandemia.

Cuando termina la misa, los voluntarios o el personal desinfectan los bancos antes de que el siguiente grupo de feligreses ingrese a usarlos. Cuando los católicos entran a una iglesia, muchos de ellos seleccionan su banco y agarran la parte superior para hacer su genuflexión. Luego caminan unos pasos hacia los lados, se agachan y empujan al reclinatorio hacia adelante con la mano desnuda. De esta manera, entran en contacto con objetos que otros han tocado. Por caridad, los bancos y reclinatorios se desinfectan para cada misa.

Minimizar el contacto con objetos es la segunda categoría de cambios litúrgicos que provocó la pandemia. Estos cambios nos llevó a sacrificar algunos ejercicios devocionales preciosos para los católicos y profundizaron el sentido de pérdida por la música, pero demostraron repetidamente el grado de cuidado que nos esforzamos por brindarnos unos a otros cuando nos reunimos para adorar.

3. Acortar la duración de los servicios

Las adaptaciones examinadas hasta ahora corresponden a personas y objetos, pero el tiempo también se convirtió en un factor. En general, se sostenía que cuanto menos tiempo pasaran las personas en el interior, mejor.

Si un cantor canta himnos, menos versos hacen que la Misa sea más corta. Algunos han cantado la respuesta al salmo solo al principio y al final, recitando todos los versículos del salmo a la vez. El *Graduale Simplex*, un libro litúrgico poco conocido en la biblioteca católica, imagina esa opción en cualquier día. Algunos han reemplazado el himno final con música instrumental, que es más apropiado a lo descrito en el misal de todos modos.

La eliminación del incienso ahorró tiempo en la procesión de entrada, el anuncio del evangelio y la preparación de las ofrendas.

En el rito de la aspersión, algunos sacerdotes permanecieron en el santuario. Eso abrevió la ceremonia y su música.

Muchos lectores han proclamado la forma más corta de las Escrituras cada vez que apareció esa opción. Algunos sacerdotes y diáconos han predicado más brevemente.

Al colocar las ofrendas en el altar, los servidores pueden preparar una patena separada para la hostia del sacerdote, mientras colocan las otras hostias en patenas o copones más grandes a cierta distancia del celebrante. Esto los mantiene fuera del alcance de su respiración. Algunos sacerdotes cubren las hostias con un purificador como precaución adicional. Las rúbricas litúrgicas nunca previeron esto, pero nunca imaginaron una pandemia de esta magnitud.

La comunión requiere menos cálices cuando se administra bajo un mismo tipo. En consecuencia, lleva menos tiempo ordenar los cálices en la preparación de los dones y purificarlos después de la comunión.

Muchos sacerdotes se adhieren aún más a la Plegaria Eucarística II, la más corta que tenemos.

El misal dice que el sacerdote parte el pan en varios pedazos y comparte al menos algunas partes de su hostia partida con la gente. Pero no ahora. Come lo que toca.

En las liturgias concelebradas, muchos sacerdotes ocupaban su lugar antes de la Misa, acortando así la procesión de entrada.

Todas estas abreviaturas resultaron en cierta pérdida de ceremonia. También afectó la expresión de la espiritualidad que proviene de un estilo de adoración relajado y atento. Si la gente se siente apurada, es difícil para ellos encontrar a Dios.

4. Mantener segura la proximidad necesaria

La naturaleza de la liturgia católica requiere que las personas estén en estrecho contacto entre sí en ciertos momentos. Estas adaptaciones ejercieron especial cuidado para abordar estas preocupaciones.

La procesión de entrada puede involucrar a menos ministros y una ruta más corta. Los sacerdotes acostumbrados a acercarse al altar por el pasillo central ahora pueden ingresar desde una sacristía adyacente al santuario, si está disponible. Minimizar el número de ministros en la procesión amplía la distancia entre ellos mientras se acercan a sus lugares.

Es posible que las iglesias con santuarios pequeños se hayan dado cuenta de que ya no podían poner un sacerdote, un diácono y varios servidores en el espacio reducido. Es posible que hayan colocado servidores en el primer banco o eliminado su participación por completo.

A lo largo de la ceremonia, los ministros han tenido que tener cuidado con la distancia que mantienen entre sí. Algunos sacerdotes han reemplazado al servidor que sostiene el libro en su silla por un mueble que sostiene el misal en el

mismo lugar. Si un servidor todavía tiene el libro, usa una mascarilla para aumentar la seguridad.

Muchas diócesis han suspendido la procesión de las ofrendas. Esto evita que las personas tengan un contacto cercano innecesario entre sí, incluso brevemente.

Los servidores suelen estar cerca unos de otros cuando le llevan al diácono o al sacerdote el agua y el vino, y cuando le lavan las manos al sacerdote. Por lo tanto, usan mascarillas. En algunos santuarios el sacerdote se hace a un lado el tiempo suficiente para que el servidor coloque una bandeja con los objetos necesarios en el altar. El diácono o sacerdote luego mezcla el agua y el vino. El sacerdote puede lavarse las manos. Luego, puede volver a hacerse a un lado mientras el servidor retira la bandeja, a dos metros de distancia.

Un diácono debe mantenerse alejado del sacerdote. Aunque generalmente el diácono levanta el cáliz al final de la plegaria eucarística, muchos sacerdotes han realizado esa acción ellos mismos, en lugar de que el diácono esté demasiado cerca.

Las mayores preocupaciones relativas a la proximidad se refieren al intercambio de comunión. Antes de distribuir la comunión, los ministros desinfectan sus manos. Esto ya se había convertido en una costumbre en las parroquias durante las últimas décadas.

La comunión de ambas formas había sido común en muchas parroquias católicas. No todos los católicos recibían la comunión del cáliz, pero sentían que faltaba algo si no estaba disponible. Ahora, incluso el diácono probablemente no esté recibiendo la comunión del cáliz. La ausencia de la copa es otro de los grandes sacrificios que hemos hecho.

Muchos obispos han alentado a las personas a recibir la comunión en la mano en lugar de en la boca. Los obispos que han ordenado la comunión en la mano durante el curso de la pandemia han recibido la aprobación del Vaticano. Sin embargo, incluso cuando distribuyen la comunión en la mano, los ministros tienen cuidado de no tocar piel con piel. En mi diócesis, debo volver a desinfectar mis manos si accidentalmente toco las de un comulgante, y después de cada comulgante que recibe en la boca. Pedimos a los que reciben en la boca que se acerquen al final de la fila para limitar el número de personas que ponen en riesgo.

Los concelebrantes enfrentan un desafío particular. Todos están obligados a recibir la comunión de ambas formas. En el pasado, podíamos beber del mismo cáliz, pero ahora no. Las rúbricas siempre han permitido a los concelebrantes recibir la comunión por intincción, aunque prohíben a los diáconos y laicos mojar su propia hostia en un cáliz. En los últimos años, algunos concelebrantes han optado por recibir por sí mismos por intincción. Sin embargo, la rúbrica sugiere

que todos lo hacen de la misma manera: o todos por intincción o todos beben para recibir la preciosa sangre. Esto modela la unidad en la comunión. Durante la pandemia, se puede pedir a todos los concelebrantes reciban la comunión por intincción. Muchos sacerdotes están aprendiendo rúbricas que nunca antes habían notado. Por ejemplo, si el sacerdote va a recibir la hostia por intincción, se supone que no lo recibe antes de acercarse al altar. En cambio, después de que el celebrante dice: "Éste es el Cordero de Dios", cada sacerdote se acerca al altar, hace una genuflexión, toma su hostia de una vasija e inmediatamente la sumerge en el cáliz. Luego, sosteniendo el purificador debajo, consume la hostia. Esto le impide caminar y hacer una genuflexión con una hostia en sus manos.

Al que preside nunca se le permite recibir la comunión por intincción. Debe beber del cáliz, de acuerdo con el mandato del Señor. Esto significa que se deben preparar al menos dos cálices para la concelebración: uno para el celebrante principal, del que solo él beberá, y otro (o más) para que los concelebrantes lo utilicen para intincción. Es mejor que el último sacerdote que comulgue no lo haga por intincción, sino que beba el vino consagrado que queda en el cáliz de los concelebrantes. Luego purifica ese recipiente.

Además de la Misa, otras ceremonias católicas exigen que las personas estén cerca unas de otras. En el día de San Blas, un ministro generalmente coloca las mismas velas cruzadas sobre las gargantas de las personas mientras reza por la intercesión del santo para la prevención de las enfermedades. Qué irónico que esta ceremonia anual que reza por la salud de una persona en realidad propague gérmenes. El Bendicional (1635) permite al sacerdote dar la bendición sobre toda la congregación de una vez sin velas para concluir la oración universal.

Para el Miércoles de Ceniza, la rúbrica dice que el sacerdote impone las cenizas en todos los que se acercan a él. Esto permite arrojar cenizas sobre la cabeza, una costumbre que se observa en algunos otros países incluso fuera de la pandemia. También se adapta mejor al evangelio del día, donde Jesús anima a las personas a lavarse la cara para que no parezcan estar ayunando.

Al sacerdote siempre se le ha permitido utilizar un instrumento para ungir a los enfermos, especialmente si el contacto lo pone a él o al enfermo en peligro de contagio. Ahora se otorga el mismo permiso para la confirmación.

Los confesionarios ponen al sacerdote y al penitente en estrecho contacto. Ahora las confesiones se escuchan en espacios más amplios donde los dos pueden permanecer distantes.

En las bodas, por precaución, nuestra diócesis requiere que los asistentes usen mascarillas y permanezcan distantes unos de otros durante la ceremonia. También requerimos que el novio coloque ambos anillos en su bolsillo antes de que comience la ceremonia, para minimizar el número de manos que los tocan.

Todas estas decisiones renunciaron a algo del simbolismo que expresa nuestras creencias, especialmente en la comunión. Estos no son buenos principios para la liturgia, pero son buenos principios para la caridad. Si salimos de la pandemia amándonos más unos a otros, esa será la mayor ganancia. Pero probablemente tendremos que volver a aprender algunos de los principios de la liturgia.

III. Medios Electrónicos

Los seres humanos han sobrevivido a muchas pandemias a lo largo de la historia. La gente tuvo que superar tanto la enfermedad como la pérdida de interacción social. Somos la primera generación en tener acceso a una variedad de medios electrónicos para nuestra pandemia. Luchamos contra la enfermedad como lo han hecho otros seres humanos en el pasado, pero tenemos medios de interacción social que no podrían haber imaginado. Junto con otras organizaciones profesionales, la Iglesia Católica ha tenido que aprender la mejor manera de utilizar los medios de comunicación para continuar con nuestra misión. Las reuniones y los foros educativos se volvieron digitales, ya que la gente descubrió los beneficios y las deficiencias de las reuniones en línea.

La liturgia cayó en una categoría propia. Ya hemos tenido servicios de transmisión en vivo antes. El Vaticano los ha puesto a disposición durante muchos años. Pero ahora la parroquia promedio estaba tratando de lograr lo mismo por primera vez. Los líderes pueden haber discutido la posibilidad de transmitir en vivo en el pasado. Pero la pandemia finalmente puso las ideas en acción.

Lo que hace que la liturgia sea única es la participación plena, consciente y activa de la gente. Las personas participan en la liturgia cuando se involucran en las oraciones, acciones, música, diálogos y procesiones de adoración. La participación asume presencia. La Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia nunca planteó la cuestión de cómo se podía participar en una transmisión en vivo en parte porque no era posible, pero también porque no habría tenido sentido. Cuando el Papa Pío X acuñó el término "participación activa" en 1903, su primer ejemplo fue "participación activa en los santos misterios". Probablemente se refería a recibir el sacramento de la santa comunión. La participación en la Misa incluye una amplia gama de gestos y palabras en las que la gente participa, pero la participación más sublime es recibir la comunión del pan y el vino consagrados en la Misa a la que se asiste.

Durante la pandemia, muchas personas sintonizaron la misa en una computadora o algún otro dispositivo, en casa o en algún otro lugar lejos del edificio de la iglesia. Cuando hacen eso, no están participando en la misa en el sentido completo. Están viendo la Misa. Puede que suceda algún beneficio espiritual, pero los católicos no deben confundir ver una transmisión en vivo o una Misa previamente grabada con participar en uno. Pueden designar una

habitación en casa, instalar una pantalla, cantar los himnos, dar las respuestas, arrodillarse, sentarse, pararse en los momentos apropiados, hacer una donación electrónica, eliminar otras distracciones y mirar con atención, pero aún así solo lo están viendo. Puede que estén rezando, pero no están participando en la Misa. Ver una transmisión en vivo es algo saludable durante la pandemia, pero no es donde queremos terminar.

Muchos de los obispos de todo el mundo han liberado a los católicos de la obligación dominical, pero los católicos deberían recordar cómo el derecho canónico expresa esa obligación. No requiere ir a misa o escuchar una misa o ver una misa. La obligación dominical es participar en la misa.

Algunas parroquias ofrecen variaciones de esto en su propiedad. Algunos han invitado a las personas que no cabían dentro de la iglesia a sentarse en un salón. Allí ven la Misa proyectada por circuito cerrado o transmisión en vivo. Un ministro entra cerca del final para distribuir la comunión. Otras parroquias invitan a la gente a estacionarse en el estacionamiento de la iglesia y escuchar la Misa en la radio, y luego se presentan para la comunión mientras un ministro pasa de un vehículo a otro. Pero deberíamos llamar a esto por lo que es: es ver una misa o escuchar una misa y recibir la comunión, pero no constituye participar en la liturgia. Tiene beneficios durante una pandemia, pero no es así como deben adorar los católicos. Si los católicos no captan esta distinción, es posible que, incluso cuando están en la iglesia, estén viendo la Misa, no participando en la Misa.

Los medios electrónicos han ayudado de otras formas. Las parroquias ponen el boletín en el sitio web y lo envían por correo electrónico a los miembros en casa. Eso produce una distribución más amplia del boletín que nunca. Muchos reúnen a personas en línea para educarse o socializar. Esto incluso ha incluido a personas en cuarentena que de otro modo no podrían inscribirse en un estudio bíblico, por ejemplo. Las personas se registran en línea para un lugar en la Misa. Si uno de ellos notifica a la parroquia después de que acaba de dar positivo por el virus, la parroquia puede comunicar la noticia a todos los que participaron en la misma liturgia.

Los sacerdotes y diáconos están descubriendo la verdadera calidad de nuestras homilías. Ahora están siendo registrados para la posteridad. Si decimos algo mal, el obispo tendrá pruebas.

Los medios electrónicos han llenado un vacío que las pandemias del pasado habían cerrado. Nos dan formas de mantenernos en contacto con familiares, amigos, compañeros de trabajo y parroquias. Traen beneficios. Pero una aplicación como FaceTime todavía no es "Face Time"- el tiempo cara a cara. Interactuar con los nietos en una pantalla de video no es lo mismo que interactuar con los nietos en su hogar. Lo mismo ocurre con la Misa.

IV. Acciones para mantener y recuperar

La acción mas importante para recuperar es hacer que las personas se presenten a misa, pero no hasta que sea completamente seguro para ellos hacerlo. El principio de caridad aún supera la necesidad de llegar a la iglesia. Pero los otros dos principios —la importancia del domingo y de los sacerdotes— nos están posicionando bien para abrazar el regreso a la iglesia. Nuestros números pueden estar deprimidos durante algunos años en el futuro, pero honraremos el domingo, honraremos la Misa y volveremos a tener gente en la iglesia.

Las bodas seguirán siendo populares. A pesar de todas las lamentaciones sobre la disminución de las ceremonias de bodas católicas en general, las parejas aún se enamoran y aún quieren casarse en la iglesia. Se están comprometiendo y reprogramando ceremonias porque la boda significa algo para ellos. La pandemia está demostrando la fuerza con que las parejas desean una boda católica.

El futuro de los funerales es más difícil de ver. No se puede reprogramar el duelo. Por su naturaleza, necesita atención inmediata. Muchas parejas de novios planean su boda con más de un año de anticipación, pero cuando alguien muere, la intensidad del dolor necesita atención de inmediato. Ya hemos visto el impacto que la cremación ha tenido en los servicios funerarios, retrasándolos o cancelándolos, reemplazando el entierro en el suelo con almacenamiento en una repisa de la chimenea o esparciendo en el mar. Espero que la gente regrese a la iglesia para los funerales, pero ya están explorando otras opciones.

El registro electrónico, la comunicación, las donaciones y las reuniones han demostrado su valor. Nuestra base de datos de personas que vienen a la iglesia es mejor ahora que nunca. Tenemos información de contacto que podemos usar para actividades en el futuro. Las donaciones electrónicas afectan la capacidad de las personas para ritualizar su sacrificio al colocar un sobre en la colección, pero ayudan a financiar las parroquias de una manera más confiable. Algunas reuniones que siempre pensamos que teníamos que tener en persona funcionan bastante bien en línea, o no funcionan en absoluto. La pandemia nos ha hecho más flexibles.

El canto congregacional también debe regresar. Nos hemos quejado durante mucho tiempo de su calidad, pero ahora nos damos cuenta de que, sin importar cómo cante la gente, es literalmente mejor que nada. La música ayuda a nuestra adoración.

El signo de la paz volverá, más bienvenido que nunca. La gente está ansiosa por sentir un contacto humano seguro. El signo de la paz será señal de la caridad que hemos estado practicando este año, una caridad que alcanza su punto culminante en la Eucaristía.

Finalmente, espero que evitemos apresurar la Misa. La liturgia necesita tiempo para desplegar su belleza. Necesitamos tiempo para entrar en oración. La pandemia nos ha hecho repensar muchas cosas que dimos por sentado. Que la promesa de su final nos ayude a reenfocar nuestra atención en una liturgia significativa y sincera.